

José A. Rondón Ayala



Cuentos de Aludie

Sancti Spiritus, 2017

Cuentos de Aludie

José A. Rondón Ayala

Sancti Spiritus, 2017. **Cuentos**

Todas las horas perdidas
todos los desastres
tu estabas ahí
en medio de la noche con
algo de lámpara
en los cabellos en la voz

Fayad Jamís. Octubre

Edición y diseño de cubierta: José A. Rondón Ayala
Impresión digital: el autor

Sancti Spiritus, 2017

e-mail to: jarondon@infomed.sld.cu

Dedicatoria: para mi familia, para mi país y para mis amigos: los que están y los que se fueron antes.

ARIES PALADAR

Bistec de cerdo frito

Ingredientes:

1 bistec (3 onzas), 1 cebolla blanca, 3 dientes de ajo, 1 limón, sal a gusto

Preparación: se toma un bistec del grueso de un dedo, preferiblemente del pernil y bastante fresco por supuesto, se corta la cebolla en pequeñas rebanadas y se aparta. Se adicionan la sal y los dientes de ajo triturándose hasta hacerse una pasta olorosa, se agrega el jugo de limón y esta mezcla se bate con una cucharita, se esparce sobre la carne que, previamente, ha sido machacada sobre una tabla de ácana o caoba. Se cata la mezcla y si fuera necesario se agrega cualquiera de los ingredientes a gusto. Bueno, siempre gusta la carne frita, el bistec con las cebollas desmayadas, arroz blanco, tostones de

plátano verde - macho o burro, qué más da - y luego sentarse en la acera a ver la gente, los carros que pasan, las guaguas repletas y los transeúntes que se detienen ante la ventana de caprichosa reja y leen en un cartel el menú general:

pescados

pollo

bistec

hígado

algunos platos con jamón

Hay una señora, casi octogenaria, que mira al vacío. Su mirada atraviesa la ventana y se difumina por la reja como el humo de los automóviles que transitan por la calle Jovellar.

- Es que el médico dijo que me sentara en un lugar tranquilo. Yo fui para que me recetara un sedante y esto fue lo que me indicó.

- Pues yo te recomiendo - dijo el hombre canoso de espejuelos - que te sientes en el parque del Quijote, hagas tus ejercicios y hables con las personas. A lo mejor te encuentras alguien con quien compartir la vida. El amor no tiene edad y hace mucha falta.

- Lo que hace falta es tener tranquilidad, que no den tantos consejos.

El problema viene desde mucho antes: en un pequeño pueblo las tres hermanas trabajan la tierra y esa niña

esos surcos larguísimos de nunca acabar y ella no puede, llora y las demás la ayudan para que no la castiguen, esa muchacha ahora mira la reja y el cabello blanco se mueve apenas con la brisa de la acera derecha, en la fachada gris como los pensamientos de esta mujer, hay un número ordenado por capricho: cuatro, cinco, seis.

No por capricho se deja un rato más o menos media hora macerándose y se coloca la sartén sobre una llama mediana, ni muy alta ni poca candela, se derriten dos cucharadas de grasa y colocamos el bistec sin la cebolla ni el jugo, se dora por ambas caras, después se añade un poco de agua hasta cubrirlo colocándose una tapa; de vez en cuando se observa la evaporación del agua, en esta época es muy inestable la situación del clima, varía desde un calor sofocante de 34 grados Celsius hasta marejadas costeras no peligrosas para embarcaciones menores y algunos chubascos como esa fina llovizna que levanta vapor del pavimento y la gente se apresura, pasan raudos con un cartón cubriendo la cabeza o un periódico con el último discurso que ahora sirve de paraguas. Algunos, sin detenerse, miran el cartel lumínico con cinco estrellas y un signo zodiacal, también una ventana y la reja donde asoma la mirada de esa niña, de esa señora que ahora se levanta y va hasta la cocina. Por fin,

cuando quede algo de agua y el bistec se note a medio cocer, entonces y sólo entonces, se añaden las ruedas de cebolla y el jugo de limón, se baja la llama para terminar de dorar y que las cebollitas queden blandas, redondas e impregnadas de ese sabor. Se sirve acompañado de arroz blanco desgranado, tostones de plátano verde y ensalada; da para una ración.

Un retrato en el parque

Recuerda las farolas y la humedad de las calles, la novia y el viento que congela las palabras. Las palomas parecen ignorar esa temperatura y buscan aún las migajas que han echado los transeúntes en esta ciudad blanca; pudiera ser que extrañase a Natasha Nicolaievna con su charla llena de consonantes y declinaciones en ese momento que repara la máquina, los rodillos acanalados que exprimen el tallo y va llenando el cubo de un líquido verde claro y dulce. Ha secado varias veces el sudor y aún corre por la nuca y se mezcla con el polvo.

- Ingeniero Físico Investigador- ha leído el funcionario- no he visto esa categoría en el clasificador de cargos. Rodríguez, mi hermano, préstame el clasificador ¡esta

gente del Órgano del Trabajo le ponen cada electrodo a uno!

- ¡Gracias, enseguida te lo devuelvo! [Sonrisa]

- No, compañero, aquí aparece como ingeniero eléctrico o electrónico, Física Nuclear, Licenciado en Física. Nada se parece a lo que muestra su Título ¿Como dice usted que se llama la ingeniería? Ya, ya. Pues dígame para que sirve su trabajo [Caballeros, esta gente manda a los muchachos a estudiar afuera cosas que, vaya, eso es un fenómeno y luego tu tienes que romperte la cabeza]. En fin, acá en esta empresa lo que tenemos son fábricas, chinchalitos para industrias locales. Usted sabe: cucharones, reverberos, ratoneras, espumaderas, no tenemos lo que usted busca gracias Rodríguez, bueno ya sabe. Ok.

Oprime el botón y el motor comienza a accionar el mecanismo del diminuto central. Los rodillos aprisionan los tallos que pasan y luego vuelven a penetrar retorcidos, chorreando.

- ¿Falta mucho, jefe?

- No, ya empezamos a despachar. [Dale fulano, que hay bastante peladas]: Seis personas.

Pues así es: cuando Natasha Nicolaievna se desnudaba quedaba como huérfana de todo aquel ropaje de invierno, entonces parecía tan frágil entrando

en la bañadera tibia y comienza el ritual de enjabonarse y permanecer quietos, frotándose con las manos, sintiendo su piel como roza enervante. Ella no entiende la premura que le invade y rechaza el acto bajo el agua “cubano loco” dice y sonríe, luego cede y su cara cambia de expresión: ahora la mirada vidriosa, la boca abierta y húmeda, cabalga y el movimiento sinusoidal. Él dice en Español obscenidades ¡así, putica rusa, mami rica, sácamela! ¡jebi miña kripka y glubalko, niederas! no se puede templar en ruso, vamos, muévete mami, así mamita, ya niesnayo kubinski ni juyá, nie panimayo, gavari pa ruski, pashalusta.

- Bueno, la empresa eléctrica es posible que tenga algo. Aunque tal vez le interese a la gente de electrónica o termoenergética.

- No tiene que ver, pero necesito trabajar. Me gradué hace un año con diploma de oro. Claro, que me gustaría aplicar lo que estudié, pero la CEN esta paralizada.

- La plaza que tenemos es de personal, controlar la disciplina, el pago y esas cosas. La oficina esta buena y fresca. Te pagaremos el sueldo de ingeniero.

Después Natasha tuvo marchar a Járkov porque ella es ucraniana y separarían la frontera; tendría que presentar pasaporte para visitarlo. Creo que no

matricularía este año en la Universidad, muy difícil terminar la carrera. En la carta también manda una foto algo triste o más bien fría. Ella está en un parque, de pie y al lado de unos bancos de madera, el piso húmedo (como siempre) y unos árboles sin hojas al fondo. La sonrisa parece ensayada sobre una cara tristonera. En el dorso, se puede leer en ruso: para un cubano loco, con mucho cariño, Natasha Nicolaievna. Ahora los transeúntes están pidiendo dos vasos y una moneda amarilla sobre el mostrador parece llamarlo. La coloca en la caja y apaga el motor, ya sabemos como es la cosa, si ponen cincuenta centavos o viene una pareja con un amarillo, entonces no repiten. Hay que estar alerta: con un billete de a cinco, una monja, la jarra lista y la frase se cae por sí sola ¿otro vaso? ¡Qué clase de calor, caballeros!

- ¿Chico, y no hay otro trabajo técnico que sea afín con lo que estudié?

- Por lo pronto no, agarra este puesto y después veremos. ¡Quién sabe!

Las cartas se han espaciado y tiene que leerlas casi en secreto. Hay otra muchacha con quien pasear. Ahora la moda es retratarse a la entrada de la ciudad, donde comienza la demarcación urbana, precisamente junto al cartel: SAN PETERSBURGO. Bueno parece que Pedro el Grande ha ocupado nuevo el puesto y

Lenin ha pasado a la clandestinidad. Estos rusos están locos, han jodido un país, la perestroika, la glasnost, el desbarajuste, el sube y baja de héroes y dictadores, el mercado, la plusvalía, la oferta y la demanda. Han vuelto a aparecer, como en las grandes urbes, los anuncios lumínicos, las limusinas, los pordioseros; las iglesias funcionan a todo tren ¡que va! ¿Comunista yo? ni lo piense, lo que pasa es que para progresar había que estar en algo. ¡No hijo, no! Dicen que en Moscú, en la calle Arbat, puedes comprar desde un alfiler hasta un elefante ¿quieres un esclavo? si tienes dinero . . . Natasha dice en las cartas que en Ucrania han aumentado los pobres, los niños piden dinero y los billetes no valen casi nada; los rublos hay que cambiarlos por nuevos, hay no se cuantas monedas en la calle, divisas, oro. El hermano ha tenido problemas con la policía. Un asunto de drogas con unos turcos, el diablo colorao, perdón, no es colorao porque ahora no quieren hablar en ruso y rojos ni los zapatos. Hasta las estrellas del Kremlin las bajaron y pusieron cruces. El tiene que andar ligero y estudiar a ver si acaba el año y medio que le falta y se va para Cuba. Es verdad que el con nadie se mete pero, los skin heads se graban las siglas de las SS en la cabeza y están dando golpes a trota y mocha ¿un negro con una rusita linda? cuero con él, por suerte, él es blanco

y bastante desteñido que si no, sería un problema. Lo suyo es acabar la carrera y ponerse a trabajar en Cuba.

- Mira, con esa carta te llegas a Luz Caballero y ves a Pentón. Después, traes los documentos para darte la plaza aquí ¡Oye, no te preocupes!, el asunto es asegurar los frijoles, lo demás llega después.

Posteriormente fue a parar a Hidroeconomía, estaba cansado de los petates de la gente con la electricidad.

- ¡Óyeme chico, me paso el día trabajando, recojo a los muchachos en la escuela y cuando empiezo a cocinar ¡Zas! me tumban la corriente, entonces quien controla a los muchachos, es la hora de los muñequitos y de la aventura, no hay radio, un calor de madre en el apartamento. ¡Quiten la corriente por el día!

- No compañero figúrese, ¿y la producción? Todas las máquinas funcionan con electricidad.

- ¿Pero que producen si no tienen materia prima?

- Bueno pero la iluminación. . . en sí las empresas producen cuando llegan los suministros.

- El asunto es que cuando acabe de comer alumbrándonos con un mechón, Zas, vuelve la corriente a medio terminarse la novela.

- No compañero, en realidad no tengo que ver con eso, Lo mío son los pagos y el personal.

- Pero usted es ingeniero y estudió en la Unión Soviética. Su papá trabaja en la NELA.
- Bueno sí pero no tengo que ver con eso.
- Mira como se hacen los bobos, pero yo voy parriba, jeso no me lo pueden hacer a mí, oye, he sido Vanguardia Nacional ¡seis años consecutivos!
- Dame dos vasos más. Está bueno, un poquito ácido.
- Ese es el limón. . . para que no se ponga prieto.
- ¿Tú no tienes un hermano en Rusia?
- No, no.
- No se quien me dijo que un hermano tuyo, ingeniero no se que, se casó con una rusa y se quedó.
- Quedarse, ¡ya jode! - todavía si fuera en Alemania, como un socio ahí, que tiene una camionetica y repara la calefacción, tiene que trabajar como un mulo, rápido y bien. Bueno figúrate que, con un frío espantoso, tiene que salir donde sea para reparar una caldera, cambiar un radiador. Ese trabajo no lo hacen los alemanes ni por mil marcos, verdad que gana sus pesos y tiene de todo, pero está sobrecargado, muy pronto gastará el dinero en médicos en eso que le dicen moonlight syndrom, overwork. Mientras va tirando, como se dice, en baja. En las fotos se ve que tiene un apartamento chulo “con de todo”, no como el apartamento de Natasha tan frío y ordenado como los de su edificio: los mismos muebles, las mismas

alfombras, producto de la planificación quinquenal, los planes, las primas por sobrecumplimientos “esdiélano y eseseser”.

La extraña mucho y a esa ciudad que aprendió a querer, fueron cinco años y eso lo marcó, hasta se acostumbró al frío de las calles y el vodka, la cerveza enfriada en la ventana; se siente extraño en este país caluroso donde nunca nieva y la playa esta dispuesta el año entero. Este país de caña y guarapo donde después de todo dejó de preocuparse por aplicar su ingeniería. La guarapera le da más dinero que cualquier trabajo, pero para eso no hubiera necesitado estudiar: solo aprieta el botón y pasa la caña, la retuerce, y saca el jugo para el cliente. Aprieta entonces el botón verde y se detiene la máquina, Entre un cliente y otro lee literatura cubana, lo que no pudo hacer en el extranjero. Tiene en su mano un cuento de López Sacha: El hombre del cuento después de pasar tremendo trabajo por la taza del baño rota, la mujer lo deja, el refrigerador se le rompe y él se deprime. Le gusta especialmente como termina: “Estuvo una tarde así, ido del mundo, pensando en estas cosas y en lo que iba hacer. . . compró un montón de periódicos y revistas que nunca leía. . . subió al apartamento y se encerró. Esa noche derribaron el Muro de Berlín, lo supo cuando salía del baño. Era el cumpleaños de su

mujer, ocho de noviembre y el cielo del balcón estaba pálido con algunas estrellas”

Las malas compañías

La tarde anterior las había conocido en los bancos cercanos al comedor de la escuela. Solo los deseos de fumar me llevaron hasta el grupo; mientras conversaban compartían un cigarro. La esquina del banco estaba desocupada y me senté a leer.

- Compañero, présteme el periódico.
- Estoy viendo la cartelera.
- ¿Y qué película echan?

Otra muchacha trató de cambiar la conversación.

Marisela insistió:

- Préstamelo, te lo devolveré enseguida.

Bajamos en la última parada. La matancera señaló una calle y comenzamos a andar, el frío se colaba entre los botones del abrigo. De vez en cuando aparecían los

techos de cinc carcomidos por el salitre, una bombilla meciéndose por el viento y busqué a Maigret, un perro amarillo o tal vez un cadáver al lado de un zaguán.

Después del cigarro recogí el periódico, Marisela dijo algo a las otras; traté de no inmiscuirme. Atravesé un tramo del vestíbulo, saludé a Orestes. Me llevó hasta una esquina sigilado, hablaba de que no te embarques mulato te vas a enredar y yo a que no entiendo tu verás que te vas a acordar de mí, tu sabes como es eso me encontré un barrilito le metí el dedito y salió coloradito ah no jodas nada mas que es un cigarro.

- Bueno, ya te lo advertí.

- ¿Qué cosa te advirtió ese muchacho?

Marisela estaba detrás de mí. Pude excusarme de cualquier modo:

- Me propuso estudiar ahora y le dije que estoy cansado.

- Nosotras queremos ir a Jaimanitas, Richard vino de la CUJAE y hace falta alguien más.

- Está bien, voy a vestirme.

- Vamos así mismo, es en casa del novio de Lourdes. Tú vas con Denia.

Llegamos hasta un bungalow que alguna vez estuvo pintando de verde, en el portal un hombre mediano se mecía y esas cosas tradicionales: se levantó este es mengano, esta es zutana, están en su casa y que frío

está soplando pasen para la sala y aquel desorden rompió el protocolo. Lourdes fue hasta la cocina y el hombre trajo una botella de vino de arroz.

- Es sake.
- Es vino de arroz, sólo eso.

Denia me tomó del brazo y murmuró: este Richard tiene un queme de yuma, vive como en las películas.

- ¿Ustedes vieron el Último Samurai?
- No, no la he visto - el hombre sirvió más sake. Lourdes trajo varios vasos con café y el hombre entró en la habitación. Minutos después colocó dos cajas de Populares sobre la mesita.

La música comenzó a destilarse desde un complicado aparato. Un radio Selenia y dos baffles con un amplificador lograban acordes increíbles.

- Esa es la dóbliu – dijo Richard, se acercó y miraba las conexiones. El individuo desconfió. Marisela trató de justificarlo:

- El estudia eléctrica en la CUJAE.
- ¿Cuántos watts de salida?
- Unos cuantos.

Los vecinos se asomaron discretamente. La brisa proveniente de la costa mecía el pequeño jardín y la música continuaba fluyendo con esa pasta sajona. Bien distinto sería si fuera el Benny: “te quedarás cuando llegues al nido / te quedarás porque te doy mi

amor” y la gorda se sienta el brazo del balance, la euforia me adormece en tanto le paso el brazo por la cintura, ella me deja y recuerdo a Orestes “hay que cuidar el fenómeno”. Denia ahora se recuesta sobre mi hombro y la sala comienza hacerse calurosa; han cambiado la estación, Toni D’ Lara emite Margarita con desgarramiento, Marisela baila con Richard y se besan; Lourdes y el novio se han perdido entre las cortinas y llevo el sillón para el portal, me siento cuando Denia trae los vasos, se sienta encima de mí; es el momento en que dejo el vaso sobre el piso y la invito a bailar en la penumbra de la sala: la otra pareja ha desaparecido y la melodía sigue fluyendo, se introduce por los resquicios, choca contra la paredes mientras bailo con ella apretado.

Caminamos bajo los almendros, sobre las hojas secas: deseaba estar con ella, bailar o tal vez hablar un poco. Los socios de la brigada me llamaron, les hice una seña para que esperaran.

- Bueno, dime cuándo saldremos
- Yo te buscaré.
- No me gusta así. ¿Quieres ir a Jaimanitas a casa de Lourdes?
- Es que el novio se fue para el Norte.
- ¡No jodas, chica! ¿Entonces, tú lo sabías?
- Sí.

- Si llego a saberlo no hubiera ido - dijo pensativo y preguntó - ¿Nos veremos otro día?

- Está bien.

Me dirigí hacia el grupo. La gente empezó a joder, Orestes se puso el índice sobre la sien y se golpeó varias veces. Yo miré hacia atrás. Ella se alejaba junto a Marisela. Caminaba.

Cuentos de Aludie

La mujer de enfrente se asomó al portal, llamó al muchacho que estaba sentado en la acera. Emanaba el vapor del mediodía sobre la calle

- ¡Psst! ¡Oye, niño!

Sólo una anciana cruzaba la calle. Miré a la mujer.

- Dígame, señora.

- ¿Por qué no me haces un favor?

- ¿Qué hay que buscar?

- Llégate a la bodega y cómprame cigarros - dijo - y me alcanzó el dinero.

- Cuando regreses, te haré un regalo.

El campo de pelota estaba lejos, al lado del tejlar. Nosotros preferíamos jugar en el terreno de la sabana. De allí partíamos todas las tardes para bañarnos en el río. Algunos iban a coger yeguas; Pile y Jocheo decían que era sabroso, pero yo no le hallaba la gracia a eso

de andar montando yeguas en pelo. Después, cuando llegas a la casa con peste a caballo, ya sabes lo que te espera. Lo mío era el río y comer mangos en lo de Isidro. También oír los cuentos de Aludie que cuando uno entra en el bayú, no puede decirle a esas mujeres como se dice en la calle; hay que hablarle ¿Usted está trabajando hoy? Ella te mira y según le convenga, contesta. A veces te responde: estoy cansada, habla con la de al lado y vas al otro cuarto. Si te gusta el material, entras - le pregunté a Pile qué es el material, dijo que me explicaría después - Cuando contesta: Sí, le pides entonces: deseo ocuparme con usted y te metes para el cuarto.

- Señora, ya le traje el mandado. Debo irme para la casa.

- Espérate un momento, enseguida salgo.

Me senté en el balance y observé el retrato de un señor de bigotes. Miraba de medio lado como los de la revista Vanidades. En un cenicero reposaban varias colillas. Me fijé en la marca: Chesterfield. Se parece a centerfield como en la pelota. Yo siempre jugué en los files porque no cogía bien, pero brazo sí tenía bastante. Ahora, el negro Juan le esclarece a Aludie: el no permitía que lo secaran con toalla. Siempre con papel sanitario y se tiraba rápido a orinar para no coger una enfermedad. Mis tías dicen que no se debe

bajar descalzo de la cama para orinar porque puedes pasarte. Cuando la mujer salió del cuarto llevaba el cabello mojado.

- Eres un buen muchacho ¿qué edad tienes?

- Doce.

- Hace calor - se sacudió la bata de casa y se puso a contraluz en el marco de la puerta. De la cocina entraba la claridad y transparentaba el cuerpo de la mujer.

- Bueno, ya sabe, si quiere otro mandado me avisa. Estaré en casa.

- ¿Te gustan los refrescos?

- No, deje - me excusé - Si lo tomo no tendré hambre. Mi mamá se pone brava cuando almuerzo poco.

- Entonces te buscaré algo por acá - me hizo señas para seguirla hasta el cuarto. El señor del retrato no me quitaba los ojos de encima. Fui detrás de ella. Se inclinó sobre la cama para recoger unas revistas y pude ver que estaba desnuda. Miré hacia la cortina; los ojos volvieron a penetrar a través del cuello de la bata. Comencé a sudar y por mucho que empujaba a los ojos, volvían a penetrar como un péndulo.

- ¿Qué miras?

- Nada.

- ¡Estás mirándome!

- No, si ya me iba. . . - comencé a caminar de espaldas.
- Te vas y me desprecias el regalo
- Es que yo no quise.
- ¡Ven acá! - dijo. Traté de descubrir el color de sus ojos. Me tomó de la mano.
- Siéntate - señaló la cama.
- Me tengo que ir.
- ¡Déjate de boberías! - me sentó prácticamente junto a ella sin soltarme. Guió su mano hasta buscar la entrada de la bata de casa y puso mi mano sobre el seno.
- Este muñequito a lo mejor te gusta.
- . . .
- Ahora con esta mano tomas la otra para hacer la pareja.

Se desabotonó, recorrí el trayecto a medida que se abría el camino. La puerta de la calle estaba abierta. No supe si despedirme o continuar sujetando aquello que sólo había visto en las postales de Jocheo. A veces Aludie las traía también.

En la sala estaba el retrato del señor de bigotes con su firma y las colillas de Chester. El sudor me corría por las rodillas mientras ella me besaba, me daba pequeñas mordidas, pero no me dolían. Pensé en la

hora de almuerzo, en los cigarros, en la sabana y en los cuentos de Aludie.

La niña y la playa

La niña se acercó por la orilla de la playa. Pisaba la arena justo en el borde donde la espuma se disuelve. Tropezó, con las piernas de la mujer, saltó y se alejó. De vez en cuando mira las piernas, hasta que decide regresar.

- ¿Cómo te llamas?

La mujer se levantó el sombrero que cubría su cara. Contestó burlona.

- Y tú, ¿cómo te llamas?

La niña caminó circularmente y reparó cada detalle.

- Puta. Eres una puta

- ¿Por qué me dices eso tan feo?

- Pues porque sí. Eres una putica, eso es lo que eres

- dijo y se colocó la mano como visera. Varios curiosos miraron la escena. Alguien se acercó con una botella de Havana Club y se rompió el encanto: de nuevo estaban solas.

- Eres una rubia y todas las rubias lo son.

- ¿Qué cosa? - la mujer entró en el mar. Sacudió la arena de las nalgas. Salió del agua y miró a la niña que sostenía el reto con la improvisada visera.
- El sol está muy fuerte.
- No me interesa. Te decía que todas las rubias son así.
- ¿Quién te dijo eso?
- Mi papá
- Tu papá no ha tenido una rubia.
- Mentira
- No se dice mentira.
- Está bien. De todas maneras lo eres
- Tú también eres rubia.
- Pero soy una niña.
- Serás mayor y rubia. Entonces, ¿vas a ser putica como dices? Quedó pensando un rato. La mujer también pensaba y el mar se movía. Dicen que el mar piensa mientras se mueve, llega la brisa tibia y el salitre, caminas por la calle mirando las vidrieras. Oyes la música que sale del tocadiscos de la librería, la gente busca entre montones de textos. El claxon de un camión te apremia, estás lejos de la esquina, ¿qué quiere este tipo? Vamos, te llevo donde quieras; miras al chofer. Fresco. Esta gente se cree que una se monta y ya hay obligación de acostarse, ¡que va! y de contra un viejo, te vas a cocinar con este sol. No voy a

mirarlo ni a reírle la broma, gracias abuelo, vivo cerca de aquí ¡qué cara puso el tipooo!

Entraré en la tienda para ver si recoge la pita y se va con su música por donde vino. Sintió el claxon y miró hacia los pinos. El vejete tocaba insistentemente. Hizo un gesto con la mano. La niña continuaba frente a ella tapándose el sol.

- Andas con viejos.
- Salgo con un hombre mayor
- Puede ser tú papá
- Pero no lo es - comenzó a recoger las cosas.
- Mi papá no es tan viejo.
- ¿Dónde está?

Ella levantó los hombros y se metió en el agua. La rubia movía sus grandes nalgas mientras subía la cuesta. Debajo de los pinos volvió la cabeza y observó la niña. Decía algo que no pudo oír, pero lo entendió.

Llegó junto al camión y revisó la comida. Volvió a escrutar la playa: la niña se alejaba sola por la orilla. Pasó el tiempo y la nostalgia afloraba para echar a perder el domingo. El agua verdeazul como paños de hospital y el pasillo de mármoles, el laberinto que se teje entre las salas de operados. Doblas y una letra pretende informar que allí se encuentra el enfermo que buscas y la sensación de culpa pesa sobre los hombros y el cabello rubio te acusa. El piso pulido te

lleva hacia la cama, los cubículos pasan en sentido contrario y te internas entre sábanas. Recibes la exigencia de convertirte en otra gente.

- ¿Dónde estabas?

-

- Eso lo sé. Te pregunto dónde te metes mientras estoy ingresada.

-

- Andas paseando por ahí. ¿No te da vergüenza que esté aquí?

-

- No es igual.

-

- Tus tías.

-

- Búscame agua.

Se levantó y se ajustó el sombrero. Un cangrejo pasó y entró apurado debajo de un tronco. La playa desierta castigaba de sol. Varios suicidas se tostaban y una pareja con el agua hasta los hombros daba pequeños saltos.

- Está caliente.

-

- Pues ahora hierve.

-

- Las tabletas están ahí, en la mesita.

-

- No me preguntes mucho, me atormentas.

-

- Las quiero con leche o jugo.

-

- Búscala. Las pastillas me caen mal con agua.

La niña corre nuevamente por la playa. Una pareja detrás de ella. El mar, el viento y Yemayá con su bata azul señorea las aguas y habla por las caracolas. El altar de Teresa tiembla en el fragor de las velas que se gastan.

- Lo que yo tengo es un daño. Eso no lo resuelven los médicos.

-

- Eso no tiene relación con lo que te hablo. Fue un daño que me echaron.

-

- ¡No! Ella detectó lo que hicieron y no tengo con qué pagarle su ayuda.

-

- Ella me ayuda mucho y en su casa siempre hay una vela encendida para mí. Dice que deberías despojarte.

-

- Más respeto, eso no es brujería.

-

- Es. . . una creencia. No lo dudes: es mi creencia.

-

- Procura que el jugo no esté muy dulce.

Recorrió el pasillo hasta las rejillas de madera. La brisa formó un pequeño remolino sobre la playa. Se puso en la cola hasta que le sirvieron el jugo. Una pareja pasó dando tumbos hasta los cocoters, la mujer se puso las gafas oscuras. Probó el jugo y lo encontró dulce. Agregó un poco de agua fría. La niña subía la cuesta en dirección al carro. Probó de nuevo el jugo y lo encontró adecuado, camino sobre el piso de granito. En el horizonte, un buque rompía con el azul de agua y cielo. La niña se situó junto a ella. Entró en el cubículo y le alcanzó el jugo.

- Eres una putica. Eso es lo que eres.

La melliza y la lluvia

Fue todo un encuentro: Marlowe y Bogart, el Humphrey del cigarrillo inacabable en las tardes de la secundaria. Prefería sentarme y que la pantalla me consumiera el tiempo o que El Tesoro de la Juventud caminara mis circunvoluciones. Lo cierto es, que ya tendría mis amigos; el holgado sobretodo y play it again Sam, el muelle mojado, las olas que se rompen en mil campanas y maitines. Violencia; El Halcón Maltés, El Sueño Eterno, quizás Gilda moviéndose y la cámara en traveling, mientras la melliza de mi aula me atormenta cuando conversa y dice que soy su amigo y no puedo serlo: me interesa demasiado. Tartamudeo cuando llega, también lo hago cuando me expreso en el grupo de amigos que hablan y joden. Soy uno más porque me atengo a sus reglas no escritas: como Bogart en Casablanca. La Bergmann toma su copa y el

cigarrillo parece caer de sus labios pocos minutos antes del The End.

Me hizo un guiño y señaló a Delis María, que bajó la mirada. La melliza de nuevo me mira y mueve la sonrisa, los socios me empujan cuando transitamos hacia la cancha de basquet ¡vaya, tiene a Delis en la mano! y la melliza se aleja con sus caderas, sus muslos y ese pelo desordenado, la sonrisa fácil; mira de nuevo y le hago un guiño. Ella señala para la otra, hace un gesto como ¿qué esperas?, Bogart hubiera tenido más suerte: el gánster angustiado de su destino viviendo ahora su historia de amor que acaba pronto con el cartel The End; resulta que yo no tengo cartel ni botón que me apague.

Los amigos me brindan un suave que rechazo y le pido una cachada fuerte a Pepín Victoria, buen socio. Vamos a echar un cinco contra cinco; por Guáimaro: Rizo, Humberto, Zequeira, Alberto y Casanova. Yo voy de banco. Por Sibanicú: Pepín, Rigoberto y los otros.

Raúl se me acerca y me toca con el codo:

- Oye compadre, ¿qué tu piensas para fajarle a Delis?
- Dame un cigarro - lo enciendo con la colilla.
- Hazte el comemierda, gago. Yo sé que esa muchacha está de lleno para ti.

Ahora Humphrey se coloca el sombrero de medio lado, así, como los duros y algunas gotas comienzan a caer sobre la cancha. Raúl se incorporó:

- Se acabó el juego.
- A lo mejor escampa pronto - y cubro el cigarro con la mano, me ajusto los tenis; están haciendo señas: tiempo, me levanto y acudo. Sale Casanova, me dicen que juegue de palomero. Ella está en el grupo y la miro mientras espero que me pasen la bola y este aguacero me obliga a correr con las ropas en la mano y el cigarro que se apaga.

Llego hasta el taller de Artes Industriales y me cobijo debajo de la placa; las gotas me corren por el cuerpo sudado y hacen pequeños ríos. La gente ha seguido para la escuela y algunos locos de séptimo quedan tirando canastas bajo la lluvia; los veo como en la pantalla que debo sintonizar. El viento sopla, me moja y voy hasta la esquina de la cerca, allí donde está el laurel y las semillas hacen una alfombra. Me asomo, al fondo del taller alguien besa a la melliza, la aprieta; me separo y camino bajo la llovizna. Los locos de séptimo continúan jugando, yo, camino junto a Rita Hayworth y al fondo el cartel The End, pestañea mi historia de amor.

El precio

La línea de acero atraviesa el pequeño batey, acarrea el ruido de los vagones cargados. La locomotora los lleva y trae desde el patio hasta la grúa. Varias casas, una bodega, la pesa de caña y casi al final del poblado, dos naves de fibrocemento hacían las veces de albergue para cortadores de cañas: ese ruido penetra con una brisa sofocante. Un joven sentado en su camastro comenzó a frotarse los pies y el hedor invadió el local. La gente ha empezado a rodearle y a reírse, se cubren la nariz. El muchacho levantó la colchoneta y el filo de su instrumento, dispersó el grupo.

En el patio, el viejo despalmaba otro machete en el tibe, puso la mano sobre el hombro canijo.

- ¿Que hubo, viejo?
- Ahí, preparando para mañana.

Fernando lanzaba piedras al camino, tomó una brizna de hierba y el jugo verde cubrió los dientes mientras masticaba. El viejo observó los pies del muchacho:

- Guacamayón. Eso es lo mejor.

Olofi le había encargado ponerles cabezas a los hombres que, hasta ese momento caminaban sin dirección, lo cierto es que había cumplido, pero algo salió mal porque llegó Iba-Ibo para ponerle dos ojos y la palabra que daba vueltas por la cabeza, pudo brotar a través de la boca que dibujó sobre el rostro.

- ¿Qué me decía, viejo?

- Tienes los pies desbaratados: eso es humedad en las botas.

- ¿Cómo es eso?

- Debes buscar las hojas de guacamayón, luego las hierves en una vasija vieja, porque pinta de amarillo y no hay dios que lo quite.

- Usaré una lata.

- Mejor todavía. Te decía que haces así y después que hierva, lo dejas refrescar, metes los pies y te frotas bastante.

Se quedó adivinando con caracoles y cocos, se casó con Obba, pero continuó cantando, festeando y buscando broncas. Ella lo salvó de los enemigos porque se cortó las trenzas y lo vistió de mujer para que lo confundieran. Changó pelea sin armas, conoce

el secreto del güiro y echa candela por la boca, se dice que anda de rumba o cabalga cuando truena.

El muchacho iba preguntando en el batey si alguien conocía la mata. Unas personas lo miraban asombrados; lo más jóvenes sonrieron y levantaron los hombros. Sentado en el quicio de la tienda, un anciano buscaba afanoso dentro de un saco. Repitió la pregunta.

- Es aquella de las flores amarillas. - señaló.

La línea de ferrocarril de interponía y debió esperar que cruzaran los dieciséis carros cargados de caña. El pitazo doblaba entre las filas verdes y el cabú se iba haciendo más pequeño hasta convertirse en un punto.

La mata estaba ahí, como mirándolo: la imaginó con bata amarilla, una faja sujeta en forma de rombo; trae collares de cuentas ámbar, verdes y rojas, trae espejos y corales y gusta de pasearse por el monte. Amansa las fieras tanto, que ni el alacrán la pica y es la dueña del río. El muchacho alargó la mano hasta tocar las hojas dormidas y sintió un tintineo de campanillas.

- ¡Oiga, usted! - él buscó la voz que lo llamaba.

- No puede arrancarle las hojas.

- ¿Acaso es suya? Creo que si está al lado de la línea no tiene dueño.

- Debe dejar unas monedas en el tronco si quiere llevarse las hojas.

Una mulata vieja apareció detrás del follaje y de su bata pendían numerosos cascabeles, su risa rebotó contra los portales y quedó flotando en la tarde: el olor a miel y río se esparció por encima de los rieles. Más allá, el viejo y el anciano del saco lo miraron y asintieron con la cabeza.

Los pasos en el patio

El silencio es la muerte. Si callas mueres y si hablas mueres. Entonces di lo que tengas que decir y muere.

Tahar Djaout.

Esa noche soplaba un viento suave y cálido, bajaba desde las montañas cercanas hasta el llano, pasaba entre los cañaverales y el camino. Por un instante percibí la mirada. Al girar la cabeza, noté que había alguien debajo del árbol; aguce la vista sin poder distinguir nada en el amasijo de penumbras. El camino estaba ahí, ondulaba y se perdía a lo lejos. Creí oír un murmullo, en ese momento dos sombras salieron súbitamente y me sorprendí corriendo tras ellas sobre el llano desnudo, a medida que avanzaba podía identificar con mis ojos cerrados cada palmo del camino, cada mata en la cerca de púas mientras, daba largas zancadas y en la madrugada densa, parecíame avanzar torpe, gelatinoso, iba detallando los portillos, las guardarrayas, las sombras se hacían cada vez más imprecisas y redoblaban la marcha hacia lo

desconocido los espectros se estiraban, se recogían y por momentos dibujaban unas siluetas recostadas sobre la cinta blanca, pero era un instante, de vez en cuando sentía de nuevo las miradas sobre mi cuerpo, a veces un roce y se perdían tras de mí.

El sudor comenzó a invadirme, la ropa mojada ¿el miedo? enfriaba los ánimos, pero las piernas corrían automáticas, el pantalón mojado producía un roce y marcaba el ritmo, así hasta pasar la curva, la cañada y el caguazal que se extendía como un toro acostado.

Las piedras del rocoso golpeaban las botas, causaban dolor, las piernas estaban a punto de paralizarse ahora que debía ascender por la pendiente, al otro lado de la cañada: hice un esfuerzo y pude culminarla. Quedé parado durante varios minutos en medio del camino, la ropa pegada al cuerpo, las piernas como plomo y de pronto, desapareció el miedo. Busqué las miradas en el camino, entre los árboles de la cerca, incluso, traté de escudriñar entre la maleza que bordeaba la cañada y no sentí nada en lo absoluto.

La carrera me hizo perder la noción de la hora, ahora debía apurarme y reiniciar la marcha hasta el cruce de caminos. Una rama situada donde se cortan las perpendiculares era lo convenido.

El compañero aún no había pasado, entonces la coloqué, esta vez decidí adelantarme hasta donde se guardan los aperos.

Crucé el patio lateral hasta la casita de regueros, busqué los machetes y dispuse lo necesario; entraba en la oscuridad y con precisión encontraba las cosas. Así fui sacando las limas, los porrones, puse las cosas sobre un tablón del patio, también la jaba, luego llenaría los porrones en el pozo.

El silencio de la noche solo era cortado a veces por los grillos, o algún mugido lejano, el cubo descendía hasta el fondo y cada vez emergía con agua chorreando, la soga tensa; el rechinar de la rondana, rompía el silencio cuando sentí las miradas. Giré la cabeza hasta percibir dos sombras en la esquina de la casa principal, que de inmediato desaparecieron.

De pequeño escuchaba los cuentos de güijes o aparecidos, se hablaba de almas en pena, pero había una señal o ruido que los identificaran. Esto era distinto: las sombras me miraban hasta que las notaba, entonces desaparecían.

Coloqué los porrones sobre el tablón, sentado en el extremo abrí el frasco, un buche de café frío penetró hasta la garganta, luego un cigarro entre los labios y la mirada hacia la esquina: las sombras estaban ahí de nuevo, quietas. Prendí el cigarrillo, el humo gris en la

madrugada flotaba lento, la luz me había cegado un instante. En la oscuridad, un punto rojo iluminaba débilmente, a tientas encontré la lima y empecé a repasar el filo del machete. Ahora las sombras no estaban, tomé el instrumento y caminé hasta el lugar, presionaba el cabo y el sudor corría por la espalda, tenía delante lo desconocido, alguna fuerza extraña con quien medirme, avancé hasta la esquina.

El pasillo estaba desierto.

Las miradas no pesaban en mi mente, los pasos en el patio me sacaron del ensimismamiento. Pregunté:

- ¿Qué hubo?
- Me retrasé en la casa, ¿Hace tiempo que llegaste?
- Un rato.
- Traje café. Está caliente todavía.

Recogieron las cosas. El camino serpenteaba, aparecieron los cañaverales. Los hombres caminaban en silencio. Fumaban.

El conjuro ¹

Cinco pasos, cinco vidas
cinco enigmas, cinco heridas
cinco estrellas repetidas
líbrame de ti, amor ingrato
huye de mi vista
en forma de gato

Anónimo

Quedó descalza junto al pozo. Su mano, puesta como visera, la protegía del sol rojo que se vislumbraba detrás de los cerros. Sentía el frío húmedo en su piel, el sereno de la hierba impregnaba las piernas del pantalón, provocando un sonido rítmico con la marcha. El trillo zigzagueaba y a ratos se perdía en una bajada; unos metros más allá, después de la colina, la hierba verde cubría el área cercada y se destacaban los palos carcomidos del antiguo pozo en medio de la sabana. Con cuidado observó los bordes derruidos, luego a los alrededores: dio un paso y comenzó la letanía aprendida de memoria.

“cinco pasos / cinco vidas “

¹ Premio de cuento en Concurso Literario de las FAR, 1990

La hierba se entretejía a través de los artejos y dificultaba la marcha; tropezaba con las bostas secas y los ramajos de zarzas arañaban su piel, trazando surcos apenas perceptibles, pruriginosos, para teñirse inexorablemente de rojo y confundirse con el rocío y los fragmentos de hojas de hierba seca, que se adosaban a esa piel que escuece y la obliga a acelerar el paso en torno al brocal. Las palabras tropezaban.

“cinco enigmas / cinco heridas”

El conjuro golpeaba las colinas, los trillos, llegaban al pozo y volvían a salir; los caminos de Elegguá / iku lobi ocha /, había sonido de cascabeles, gritos, collares rojos y ámbar o amarillo: Ochún y Oyá. Una ola de papalotes, pitos, bolas y soldaditos flotaron en la mañana, los caminos abiertos con machete y garabato; el sombrero de guano se interpone y el sol rojo se rompe en mil diminutos rayos en esa criba de yarey, iluminan los objetos y atributos de Elegguá - Echú: monedas de oro y plata, palos de monte, bejucos, escopetas y cananas, cocos secos decorados, porrones, tarros de chivo y de venado. La letanía de su boca brotaba.

“cinco estrellas repetidas”

En el horizonte la silueta de un hombre a caballo atravesó el paso entre dos colinas, la luz se difuminó por los bordes de su sombrero. El viento acuesta la

hierba dorada y sus reflejos pasean por un prisma: rojo, violeta, naranja como franjas que se superponen, también amarillo, azul y verde que aparecen y se anulan entre las flores del romerillo y trasponen las ramas de guamá y el caimitillo, del anamú y el marabú que amenaza el potrero. El caballo apoya los cascos y huyen en desbandada las alimañas: el caguayo adormilado sube las ramas de un arbusto, las garrapatas se aplastan a la tierra y la babosa queda atrapada entre el humus de lombrices que salen a ver el sol quizás por última vez. El hombre sujeta las riendas y otea la sabana de espartillo mojado. La camisa holgada bate con el viento como una bandera negra recortada en el horizonte, las palabras se atropellan.

“líbrame de ti amor ingrato”

Para librame de esa ansiedad que le hace atravesar mil veces la sala, los cuartos y la cocina, la sala, de nuevo los cuartos y las puertas del escaparate buscando algo: no lo encuentra, sale al balcón e inicia nuevamente el camino, toca los objetos; ahora entra en el baño y orina por enésima vez, se levanta apenas con la última gota, pasea la mirada por los azulejos, las toallas, piensa en ese hombre gigante, el conjuro puede librarla de esa imantación que los corroe.

“huye de mí vista en forma de gato”

atraviesa los cuartos, enciende las luces fluorescentes y no espera el destello cuando abandona, el jinete se desvanece, la luz rojiza-magenta-naranja y por fin amarilla despierta la hierba y las biajacas del arroyo comienzan a moverse, hurgan en el fango, los trillos se pierden desde el pozo y las primeras vacas arriban al pozo cálido con sus ubres exangües, el conjuro rebota alrededor del brocal; los pies descalzos han dejado la ansiedad enredada en los alambres de púas, los palos podridos y las hierbas arrancadas cerca del pozo y la luz de neón alumbra el cuarto. La apaga y la ansiedad se expande como el nitrógeno en el escenario, las luces de colores, los reflectores girando.

**“todo tendrá que ser reconstruido,
invencionado de nuevo y los viejos
mitos al reaparecer, nos ofrecerán
sus conjuros y sus enigmas con un
rastros desconocido”**

La sala, el cuarto, la hierba, silueta-monte-camino; el conjuro está hecho, hecho está el camino de regreso.

ÍNDICE

Aries Paladar / 2

Un retrato en el parque / 9

Las malas compañías /18

Cuentos de Aludie / 24

La niña y la playa / 29

La melliza y la lluvia / 36

El Precio / 40

Los pasos en el patio / 44

El conjuro / 50



Cuentos de Aludie es un libro de cuentos que narra distintas situaciones humanas, con algo de realismo mágico. Usando diferentes técnicas, este autor cuenta historias de su vida y circunstancias que no son ajenas al lector común. “la prosa contenida en este libro supera todo: nivel de realidad, ficción y lenguaje” opinó Ramón Elías Laffita poeta, crítico y narrador. Por otra parte, Esbértido Rosendi, poeta y editor, opina “ con notable economía de recursos, Rondón sabe ir al meollo de los temas tratados con una agilidad que sorprende”

José Alberto Rondón Ayala (Guáimaro, 1951): Narrador, poeta, guionista de radio, autor musical, oncólogo, profesor universitario, investigador. Premio de cuento en Concurso "Abel Santamaría" de la Universidad Central de Las Villas en 1990, mención del concurso “Historias policiales ” en 1989, premio de poesía del concurso nacional “3 de Diciembre” en el 2000. Egresado del primer taller de narrativa nacional del Instituto del Libro con Eduardo Heras León en 1989. Entre los años 2013 y 2015 recibió las distinciones “Al servicio de la vida”, la “Orden Manuel Piti Fajardo” y la “Distinción por la Educación Cubana”. Tiene publicado por la Editorial Luminaria de Sancti Spíritus el cuaderno de cuentos **El viento tras las ventanas** en 1990 y el libro de cuentos **La huella del testigo** en 2013 por la Editorial elperroylarana de Barcelona, Venezuela. Sus cuentos han aparecido en varias antologías incluyendo **Abrir ciertas ventanas: antología del cuento espirituario** de la Editorial Luminaria publicada en el 2006 y **Un pedazo de alma: antología de médicos escritores**, por Ediciones Extramuros en 2013.

E-mail to: jarondon@infomed.sld.cu